

cido afán de capturar la luz y los colores que la naturaleza ofrece.

Después hay que llegar al romanticismo y al realismo de la escuela de Barbizon—Corot, Rousseau, Daubigni—para presenciar el esfuerzo más denodado para capturar la luz cruda y valientemente, sin trucos de taller, sin el intermedio de la memoria reproductiva, a «pleain air», cegados por los soles y azotados por los aires que intentaban llevar a sus telas. *Monet* dirá la palabra decisiva: «la luz es el protagonista del cuadro». Esta luz, elemento que matiza y unifica, indispensable para la representación del espacio, refrena la tendencia sensual al color.

Parémonos un momento para recopilar: hemos presenciado unos balbuceos del paisaje hecho casi de puras formas, creadas intelectualmente, inventadas. Luego un largo proceso desde los grandes holandeses al romanticismo y el realismo, en el que se lucha cada vez con más éxito para la captación del espacio y, con él, de la luz.

El paso siguiente será el del impresionismo, que caerá en la plena reverencia del color, de cada color con su independencia y su agresividad: *Monet*, *Pissarro*, *Renoir* en Francia, en España *Berúete* y *Darío Regoyos*.

Aun no se está en el máximo de la curva, hay que llegar a *Gauguin* y *Van Gogh* para que el pintor se embriague de color y se desentienda de los problemas del espacio, del ambiente: lo que importa es la actuación brutal de los colores al modo oriental que *Gauguin* buscará bajo la luz tropical de *Tahití* y *Van Gogh* en la menos violenta de *Arlés*. Pero acaso aquí se ha llegado ya a los límites de lo que el alma humana puede conceder a la impulsividad: *Gauguin* es el prototipo del hombre excéntrico en el más literal sentido de la palabra y *Van Gogh*, precisamente tras una discusión con su coetáneo y compañero, se secciona un día una oreja—ya asoma la san-

